

La cultura cubana hacia el nuevo milenio

Antonio Benítez Rojo

ME GUSTARÍA EMPEZAR RECORDANDO LAS CIRCUNSTANCIAS que rodearon la escritura del último cuento de Mikhail Lermontov, traducido al español como *La princesita Mary*, sin duda una de las mejores piezas narrativas del romanticismo ruso. El cuento fue escrito en un balneario de aguas termales del Cáucaso, lugar donde Lermontov, como se sabe un militar, había sido destacado como castigo por haber retado a duelo al hijo del embajador de Francia. En dicho balneario, visitado por la nobleza de provincias, Lermontov se enamoró de una joven princesa, título que abundaba en la vieja Rusia y que no estaba ligado a la casa imperial. La muchacha también empezó a ser cortejada por otro oficial, un duelista de fama de apellido Martynov que se vanagloriaba de su pésima reputación. Martynov, como Lermontov, había sido destacado allí a manera de castigo. Naturalmente, la conjunción de la coqueta princesita y los dos oficiales en aquel apartado sitio, tuvo el desenlace conflictivo que era de esperar. Martynov retó a Lermontov a duelo a muerte con dos pistolas. Curiosamente, Lermontov había previsto aquella situación, y justo acababa de escribir *La princesita Mary*, narrado en primera persona. El asunto del cuento era estrictamente autobiográfico y se centraba en el triángulo Martynov, Lermontov y la princesita. En el cuento, como habría de ocurrir en la realidad, el personaje portavoz de Martynov retaba a duelo al protagonista y éste escogía como arma las pistolas. El duelo ficticio y el duelo real, con esa extraña simetría que sigue a veces la fatalidad, ocurrieron casi paralelamente; en el duelo ficticio, el protagonista de *La princesita Mary* mató a su infame contendiente de un tiro en la cabeza; en el real, Martynov mató a Lermontov de un balazo en el corazón... Hoy, no nos extraña este desenlace, ya que Martynov había probado ser, en su intensa carrera de duelista, un tirador infalible.

¿Qué podemos sacar en conclusión de esta curiosa anécdota? En lo que a mí toca, diré dos cosas. La primera

es que, si bien es factible demostrar que el futuro está anclado en el presente, sólo podemos darnos cuenta de ello una vez que miramos hacia el pasado. Quiero decir con esto que, por ejemplo, en el año 2050, se encontrarán razones de sobra para demostrar que las formas y contenidos de la cultura cubana hacia el año 2000 eran ya previsibles para los que, como nosotros en el día de hoy, intentamos predecir cuáles serán tales formas y contenidos. Sólo que nosotros —dirán nuestros jueces del futuro—, por estar comprometidos como Lermontov con nuestros deseos y emociones, no pudimos leer los signos reveladores. Así, pienso que mucho de lo que hoy discutiremos aquí, no ocurrirá, o si ocurriera, sólo será en términos de generalidades estadísticas, ciertamente no de la manera específica con que hoy nos dirigimos hacia este asunto.

La segunda cosa que me sugiere la anécdota de Lermontov es que el exorcismo del futuro es un ejercicio interesante pero condenado al fracaso; es decir, Lermontov se pintó como vencedor en su cuento para que el futuro le fuera favorable pero, como vimos, ocurrió todo lo contrario. Así, parecería que si quisiéramos exorcizar el futuro, la mejor manera de hacerlo sería demonizándolo, es decir, cargarlo de toda suerte de catástrofes y calamidades precisamente para que éstas no ocurran.

Apoyándome en esta conclusión —que en última instancia es tan aventurada como cualquier otra—, he imaginado para Cuba el futuro más terrible que está hoy a mi alcance. Así, en mi bola de cristal, imagino que la situación política, económica y social de Cuba no cambiará sustancialmente hasta la muerte de Fidel Castro. Continuando con el pronóstico más negativo que puedo imaginar, intentaré ver en mi bola el peor escenario para Cuba que podría rodear la muerte de Castro, y éste sería, al menos en mi visión, que Fidel Castro, huyéndole a los miserables ejemplos de Ceaucescu y de Hoeneker, buscara para sí, deliberadamente, una muerte épica, es decir, de combate..., ¿contra quién? Contra tropas norteamericanas, por supuesto. Para esto bastaría producir un incidente militar que cualquier administración norteamericana no pudiera pasar por alto, digamos, un conflicto relacionado con la base naval de Guantánamo. Ahora bien, ¿cuál es el peor escenario para este conflicto? Primero, que la administración norteamericana de turno rechace la idea de actuar unilateralmente y busque el apoyo de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos, lo cual tomará bastante tiempo. Segundo, que ante la inminencia de una acción internacional colectiva, tipo Guerra del Golfo, las fuerzas armadas cubanas se dividan, ocasionando con ello una situación de guerra civil, la cual podría durar muy bien un par de feroces semanas. Pasadas éstas, desembarcadas ya las tropas internacionales, la situación podría complicarse enormemente —como ocurrió en Somalia—, al despuntar varias facciones locales en pugna por el poder. Liquidado este segundo conflicto interno después de varios meses, podría producirse una situación semejante a la de Bosnia o la de Haití, donde el país permanecería ocupado militarmente hasta que se organizaran elecciones democráticas con participación de figuras locales y del exilio.

Pero, pensándolo bien, éste no es el peor escenario que puedo imaginar para Cuba y los cubanos; el peor escenario es que Fidel Castro, además del

conflicto de Guantánamo, desate una serie de misiones terroristas en territorio de Estados Unidos, usando gente infiltrada y, simultáneamente, lance misiones aéreas suicidas, tipo *kamikaze*, contra ciertos objetivos. ¿Cuáles serían dichos objetivos? No hay que romperse la cabeza; serían la ciudad de Miami, así como plantas de energía nuclear capaces de liberar gases radioactivos, reproduciéndose así el caso de Chernobil, aunque en gran escala. De esta manera no sólo morirán cubanos en el interior de la Isla, sino también fuera de ella, y de paso, varias decenas de miles de norteamericanos. En el peor escenario que puedo imaginar moriremos todos los que estamos aquí. También, en Cuba, morirá Fidel Castro. No obstante, por muchísimos años su espíritu desencarnado intentará gobernar la Isla a través de ciertos mediums y entusiastas de la ouija que, pacientemente, letra a letra, copiarán sus discursos del más allá, reproduciéndolos en la prensa comunista *underground*.

Bien, exorcizado el futuro a través de esta demonización —y recuerden que si nada de esto ocurre es precisamente por lo que acabo de decir— ¿cuáles serían las características que tendría la cultura cubana después de esta terrible catástrofe? Antes de entrar a dar detalles, me gustaría hacer mías las palabras de Fernand Braudel con relación al sistema de la cultura, y éstas son, que de los cuatro sistemas en que podemos estudiar los cambios de los pueblos del mundo —es decir, el político, el social, el económico y el cultural—, el que más se resiste a las transformaciones es el sistema cultural. Esto se comprende enseguida si pensamos que la ley fundamental de la cultura es la conservación de los componentes que entran en su sistema. Si no fuera así, nuestras respectivas identidades estarían no ya en estado flujo —que sin duda ya lo están—, sino en estado de franca turbulencia. Si nos sentimos cubanos es, precisamente, porque el ajjaco es un plato que existe entre nosotros desde el siglo xvi. Así, podemos pensar que por mucho que cambien los escenarios políticos, sociales y económicos de Cuba, tanto el ajjaco como el culto a la Virgen de la Caridad, como la conga, el bolero, la rumba y la coexistencia de la religión católica con las creencias afrocubanas, continuarán presentes en nuestro mapa cultural.

Dicho esto, podemos concluir que la terrible catástrofe con que he querido salvar los destinos de Cuba y de muchos compatriotas no alcanzarían a cambiar radicalmente nuestro sistema cultural. Eso sí, podrían matizarlo, orientarlo en una dirección o en otra, incluso hacerlo más complejo, de manera semejante a como la abolición de la esclavitud, la independencia y la modernidad, en un plazo de treinta años, influyeron para siempre en nuestro sistema cultural, dándole a éste mayor amplitud y densidad. Así, pienso que en el siglo xxi muchos de nuestros iconos culturales continuarán en pie, aunque claro, serán leídos de manera diferente, posiblemente de manera postmoderna y global, lo cual recién ha comenzado a hacerse. Por ejemplo, yo hago la ropavieja con *cornbeef*, cocoa holandesa, vino francés, chiles mexicanos enlatados y, además del consabido orégano y hojita de laurel, le pongo a la salsa un poquito de *cat-sup* y de mostaza alemana, lo cual deja en la boca el saborcito a *fast food* al cual ya estamos acostumbrados. Pero bien, el caso es que, a pesar de todo, la ropavieja sigue y seguirá siendo ropavieja y sigue y seguirá sabiendo bien.

Algo semejante pienso que ocurrirá con nuestra literatura, con nuestra música, con nuestro arte. De una parte, el pensamiento postmoderno y el proceso de globalización impulsarán las expresiones artísticas hacia fuera; de la otra, el principio de conservación, inherente a todo cambio cultural, las sujetarán a la tradición. En este estira y encoge es muy probable que se produzca lo que se llamaría entonces el «nuevo arte cubano», la «nueva literatura cubana». ¿De qué manera contribuirían estas formas y contenidos al sistema actual? Bueno, aquí, en mi bola de cristal veo dos etapas. En la primera, la cual ocurrirá en medio de los desórdenes típicos de los procesos de reconstrucción nacional, veo varias tendencias. Una de ellas será francamente utilitaria, pues el choque súbito con el capitalismo consumista y la necesidad de ganar dinero empujará a muchos artistas hacia un arte turístico con fuerte énfasis en lo afrocubano, en lo sexual, en el surrealismo barato y en lo pintoresco (en el sentido de arte ingenuo o *naïf*). De más está decir, que las artes visuales serán las más proclives a seguir esta dirección, y las galerías de arte y tiendas de artesanía se llenarán de objetos que representarán estas tendencias. La música y el baile populares también se moverán hacia este espacio, pues los nuevos coreógrafos de Tropicana, reconvertido de nuevo en casino y en visita obligada de los *tours* internacionales, idearán producciones donde la sensualidad cubana, tanto femenina como masculina, estará puesta de relieve por todo lo alto. Como es lógico, lo trivial tendrá su mejor momento en estos años de reconstrucción, esperanzas económicas y auge turístico, y será difícil para los cineastas cubanos no seguir la escuela de Almodóvar.

La segunda tendencia propia de esta etapa será muy diferente a la que acabo de describir. La seguirán, en lo fundamental, los escritores, la gente de la radio y la televisión y los teatristas; esto es, artistas que, por precisar del idioma para hacerse entender, no experimentarán la tentación de comercializarse turísticamente. Los tiempos, sin embargo, no les serán del todo adversos: Malaparte, Camus y Sartre proveerán modelos clásicos que, seguidos con inteligencia, harán posibles devastadoras novelas, cuentos, piezas teatrales y buen periodismo amargo al estilo de *Kaput* y *La piel*. Por otra parte, los cineastas de más talento artístico siempre tendrán a mano los modelos del neorrealismo y el existencialismo que, bien traducidos a la situación cubana del momento, podrían parar en algún premio del Festival de Cannes o alguna nominación para el Oscar. Pero el medio ideal que encontrará esta tendencia, en el fondo didáctica y moralizante, será la telenovela dirigida a las masas desesperadas que luchan por tener un Chevy o un Taurus. En medio de los melodramas, proliferarán los mensajes constructivos, como «aquí somos pobres pero decentes», «lo que hay que hacer es no morirse», «al que madruga Dios le ayuda» y «aquí no hay negros ni blancos, sólo cubanos». No obstante, en el Alhambra, en el Molino Rojo y en el Shangai, velozmente reconstruidos, el personaje del Negro le dirá al del Americano, «aquí estamos, asere, jodidos pero *happy*».

La última tendencia artística que vislumbro en los reflejos de mi bola es la menos importante en términos de seguidores, aunque ciertamente no es la menos interesante en términos artísticos. Se trata de una dirección vanguardista

cuyas motivaciones, bien mirado, se acercan mucho a las que experimentó Europa después de las calamidades de la Primera Guerra Mundial. Artistas de todas las expresiones, aunque repito, no en crecido número, se sentirán inclinados a reinventar el arte a través de la experimentación formal. Aquí jugarán un rol de gran importancia los escritores, pintores y músicos del exilio que, por estar ya más o menos bien conectados, sólo viajarán a Cuba los fines de semana, aprovechando el *shuttle* de American Air Lines que hará el viaje Miami-Habana cada media hora por \$99.99. Nuestros artistas del exilio, así como el voluminoso grupo que hacemos los académicos, harán causa común con los talentos innovadores de la Isla, promocionando su arte e invitándolos a participar en conferencias, festivales y exposiciones. Con esto nadie se enriquecerá, pero el arte, las letras y la música ganarán prestigio. Claro, a esa altura, el espacio mayor para este tipo de arte lo proveerían las grandes carreteras del *cyberspace*, las cuales, de paso, también servirán de ruta a los *shows* de Tropicana y del Chori, nuevo cabaret de subido color local, cuya popularidad en el mundo irá *in crescendo*.

Bien, llegamos a la segunda etapa. La Habana ha sido reconstruida, Santiago de Cuba tiene agua permanente, ya nadie anda en bicicleta y la democracia, la bachata, la bolita y el capitalismo están ya implantados. ¿Qué veo aquí? Veo la emergencia de un nuevo nacionalismo y un nuevo encuentro con la modernidad. Veo una situación semejante a la de los años 20, donde la popularización del son inició un período de cambios culturales que se extendió hasta la década de 1950. Como ya no se trata de amalgamar componentes europeos y africanos, lo cual ya se ha conseguido, se tratará de incorporar a lo cubano un nuevo grupo de elementos. ¿De dónde procederán estos elementos? La respuesta se cae de la mata: procederán de la China, y se revivirá la tradición de la cornética china, el chino de la charada, las maripositas chinas, la pomadita china, las pildoritas chinas, la calabaza china, la mulata china, el cementerio chino y los mambises chinos, el médico chino, el chino Wong, Wilfredo Lam y Chan Li Pó. *El ma-jong* sustituirá temporalmente al dominó y una nueva forma de la música popular recorrerá el mundo: el son chi-fa, al cual le cabrá la gloria de desplazar al rock; esta nueva forma musical tendrá otro nombre en Nueva York: salsa china. Fernando Ortiz y Lydia Cabrera, si bien siempre respetados, pasarán un tanto de moda y todo el mundo leerá con asombro los numerosos tomos sobre los chinos en Cuba que dejó inéditos nuestro querido amigo Juan Pérez de la Riva. Este nuevo nacionalismo que, como todo nacionalismo, tendrá su base económica en las fuertes inversiones de los bancos de Honkong y de Taiwan, propulsará el arte cubano hacia zonas inexploradas. Una nueva colonia china se asentará en La Habana, ya no en la calle Zanja, que junto con el Pacífico y el Shangai se llenará de turistas, sino en los terrenos de la Coronela y del Country Club. De más está decir que la frase de «búscate un chino para que te ponga un cuarto» se volverá a poner de moda. En resumen, la cultura cubana, al combinar de mil maneras los componentes europeos, africanos y asiáticos que coexisten en su sistema, reflorece como nunca en el nuevo milenio. Amigos míos, por qué no decirlo: seremos la envidia del mundo.